

# Sistema Cyberdyne

José Alejandro García Hernández  
Facultad de Filosofía y Letras  
jgarciah@uach.mx

Llevé a Juanito a ver *Terminator 2: El día del juicio* tres semanas después de su estreno y salimos llorando de la función, pues ambos queríamos que Schwarzenegger se quedara con John, y sobre todo, también nos quedamos con ganas de llevarnos a casa un Arnold para que nos protegiera de todo... un Exterminador protector. Aquella idea no fue descabellada porque al bajar del camión y llegar a casa, papá nos recibió fúrico.

—A este no lo vas a hacer vago como tú, cabrón -sentenció dándome un bachón—. ¿A dónde fueron?

—No le pegues, papá -pidió mi hermanito llorando.

—Usted cállese, pendejito. Que no me tiene muy...

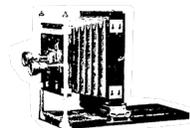
—No le hables así a Juanito -lo corté cuadrándome frente a él—. Fuimos a ver la de *Terminator*.

—Y lo llevas a ver esas chingaderas, que puras violencias lo van a hacer cholo como tú.

Ante la ironía, le dije que no trataba de eso, pero que él no estaba listo para entenderlo, tras lo cual, me dio un manotazo en el pómulo derecho y aguanté mis ganas de regresárselo para no agravar el momento. Me disculpé y después de pedirle a Juanito que subiera a su cuarto, entré al mío, mientras papá continuaba viendo su tele en la sala. Me senté en la cama frente al póster de *Appetite for Destruction* de los Guns N' Roses. Supe que los cráneos de Izzy, Steven, Duff, Axl y Slash estaban en la cruz para protegernos. Después de persignarme me recosté encima de las sábanas.

Pude escuchar que Mamá recriminó a Papá por regañarnos, puesto que ella también tenía un carácter fuerte y no dejaba que él le diera órdenes, pero cuando andaba tomado los viernes, se volvía más intransigente.

—No me voy a ir —gritó él—. Yo hice el enganche y está a mi nombre, y te chingas.



—Mira, cabrón. Ya no trabajas y nada más estás de huevón gastándote la liquidación —respondió también enojada—. Me la paso como pendeja en la maquila todo el día, para llegar y ver que estás ahí tiradote.

—Pues dile al pendejo ese que te dé de lo que saca de las películas. Nada más se lo gasta en pisto y mota.

—Le voy a decir, pero ya consigue algo, pendejo —terminó mientras se dirigía hacia mi habitación.

—¡Cállate, pinche vieja! —gritó antes de dar otro sorbo a su botella.

No comprendía cómo ella, siendo bastante autosuficiente, seguía con una persona como papá. Tocó dos veces la puerta y entró. Yo continuaba viendo el techo cuando comenzó a hablar en tono conciliador.

—Espero que puedas perdonar a tu papá —comenzó después de sentarse a mi lado—. Sabes que está así por la mala racha.

—No entiendo —dije mientras me levantaba para sentarme—, cómo puedes seguir así con él. ¿Por qué no nos vamos los tres y que se quede así? Puedo cooperar con lo del videocentro.

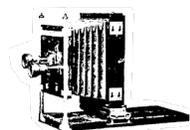
—Ahorita es muy caro rentar y mantenernos los tres. Además, los procesos para un divorcio son muy tardados, mijo.

—¿Vas a dejar que Juanito crezca así? Mira... mejor habla con él, que yo ya soy caso perdido —concluí mientras me preparaba para dormir. Mamá se levantó y tras cerrar la puerta caminó hacia el cuarto de Juanito.

Mientras ellos platicaban yo me puse a pensar qué plan sería lo mejor para ellos y en especial para Juanito. Sabía que lo molestaban en la escuela, y estas peleas que tocaban en casa lo ponían más inseguro todavía. Él necesitaba una máquina protectora, y era el momento adecuado para eso.

Después de ponerme el uniforme en la mañana siguiente y llenar una maleta, le avisé a mamá que pasaría el fin de semana con Metro y que me diera unos meses para conseguirle un buen ahorro para ellos. Le dije que trabajaría en otro lugar además de donde estaba. Después de discutir por un breve momento sobre mis decisiones a futuro, ella me apoyó y le noté tristeza. Ambos salimos para dirigirnos a nuestros respectivos empleos. Como era costumbre, el videocentro tuvo mayor movimiento el sábado por la noche. Después de limpiar y antes de cerrar la caja, le pregunté a mi colega si podía quedarme con él, a lo que respondió mientras acomodaba unas películas en los estantes.

—Ya te la sabes, mi buen. ¡Clarines!



—Gracias. Neta, que no aguanto a mi jefe cuando anda en la casa. Se puso bien gacho ayer.

—Así pasa, carnal. Pos aquí ando, para lo que necesites.

—Otra cosa —continué, aprovechando su bondad—, ¿puedes rentarme uno que otro día tu moto? Te pago lo que me pidas.

—¡Faltaba más, mi Rob! Así está bien. Sólo ponle lo de la gasofa, y ya está.

Esa noche fuimos a su apartamento y nos echamos unas frías y una pizza mientras veíamos la primera de *Terminator*, que sorprendentemente estaba disponible, pues fue de las películas más rentadas por el estreno de la 2. Le compartí a Metro mi asombro, tras lo cual respondió que él había escondido la última para que pudiéramos verla esa noche. “Tranqui, mi Rob. Para mañana en la tarde ya está rentada”, dijo mientras colocaba la cinta en la videocasetera. Levantando mi botella, celebré su osadía. Metro y yo habíamos sido amigos desde pequeños, y en octubre del 84 nos colamos en el cine para ver el estreno de *The Terminator*. A él confiaría mis planes y especialmente a Juanito, quien lo consideraba también un hermano mayor.

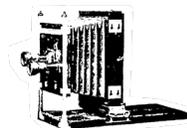
Después de ver el Jeep de Sarah dirigirse hacia el horizonte tormentoso e incierto, iniciamos nuestro debate entre la 1 y la 2. Él habló un poco mal de la segunda, señalando que rompe con el Thriller de la original, punto con el que coincidí, pero que de igual forma le iba a compartir mis argumentos.

—Pérate, pérate... —me detuvo mientras se dirigía al mueble del tocadiscos—. Necesitamos un buen fondo para esta discusión. —sacó el acetato de Piece of Mind de Iron Maiden y lo reprodujo con una reverencia ceremonial—. “Donde se atreven las águilas”... así es la entrada poderosa de Nicko.

—¡Salud por Nicko, donde quiera que esté!

—Y es que se pasa —externó antes de sentarse a mi lado en el sillón—. Todo se lo avienta con un solo pedal. Por algo es el loco.

Tras discutir primero sobre el legado de la Dama de Hierro, regresamos al tema del Cyborg. La 1 establece al villano perfecto con quien no se puede negociar, pues su programación es así, hasta terminar con su misión; a fin de cuentas ¿qué vas a hacer contra una máquina determinada en exterminarte? Ahí está el más alto valor de Sarah Connor, ella destruyó al esqueleto metálico. Mi defensa de la 2 apoya el cambio de temática, pues estamos en la era de los héroes de acción, entonces era necesario agregar secuencias con armamento pesado. Metro coincidió conmigo sobre lo espectacular que fue la secuencia del helicóptero y el camión, y que la toma de Sarah disparando



desde la parte trasera del camión fue de lo más sublime de las películas de acción.

—Lo que no entiendo —continuó Metro—, es por qué se suicidó el Terminator al final. Bien podía seguir con ellos y mantenerse oculto. No es que necesitara dormir ni comer.

—No se suicidó... se autodestruyó. Y eso es para eliminar evidencias de las máquinas y acabar con el Día del Juicio.

—¡Naaah! —bufó y luego dio otro sorbo a su botella—. Una máquina no puede tener sentimientos como los humanos.

—Ese es el valor de la 2. Nos dice que una máquina puede preocuparse más por el humano que la misma humanidad. Lo dice Sarah en la grabación.

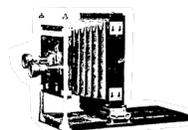
—¡Seasss mamón, wey! Ya andas pedo.

Ambos reímos, porque era verdad que el alcohol nos hizo filosofar, y así continuamos debatiendo amigablemente. Cuando comenzó *Flight of the Icarus* me llegó un momento de revelación y finalmente la resolución al plan que estaba tramando. Además de retomar el mito griego, la letra dice que los hijos están sujetos a las órdenes de los padres. Necesitaba exterminar esa relación para salvar a mi familia de tantos problemas y darle a Juanito la seguridad de un Exterminador que lo proteja.

Le comenté a Metro mi plan y me creyó loco, pero le dije era la solución que me vino a la mente después de una noche de Terminator y Metal. Sería épico. Acordamos compartir la renta y gastos, además de ayudarle con el mantenimiento de la moto. Terminamos el fin de semana recibiendo y despachando películas. En efecto, de inmediato rentaron la película.

Después de levantarme el lunes y bañarme, me vestí con mi pantalón negro de mezclilla, una playera de *Ride the Lightning* de Metallica, mis botas gastadas y mi chaqueta negra, la cual me gustaba mucho porque parecía agujerada como la de la película; y, además, tomé las gafas oscuras de Metro. La primera parte de mi plan consistió en ir temprano a una fonda de la colonia y ofrecer mi servicio de entrega a domicilio. Le propuse al dueño que ahorraría tiempos de traslados además de aprovechar para producir más alimentos, a lo que afortunadamente accedió. Al llegar a la carnicería, ofrecí también el servicio y que también hiciera la prueba ese día. Por fortuna, el plan sirvió bastante bien, puesto que con una comisión insignificante, repartidor y proveedores hacían buenas ganancias por día. Sería una idea muy rentable en un futuro no muy lejano.

Se acercó la 1:30 e inicié camino hacia la escuela de Juanito. En la parada de camión pude ver que había más jóvenes, con quienes me acerqué y, tras frenar y



girar rígidamente el cuello, pregunté: “¡Juan Contreras!”. Se observaron con asombro entre ellos y uno agregó “Ahí viene atrás”. Algunos compañeros abrieron camino y finalmente Juanito me vio y corrió hacia mí. Con sonido relampagueante arrancamos.

—¿Rob? —preguntó con emoción.

—Negativo —respondí de forma mecanizada—. Soy un modelo T-101 de Sistemas Cyberdyne enviado para proteger a Juan Contreras.

—¿Pero qué pasó con Rob?

—Rob ya no existe en este tiempo. Fui enviado del futuro por Roberto Contreras, líder de la Resistencia, para protegerte en esta época.

—¡Fantástico! Mi propio exterminador. ¿Estás programado para obedecerme?

—Afirmativo, fui reprogramado para seguir las órdenes de Juan Contreras.

—¡Genial! Llévame a las nieves.

—...Calculando ruta.

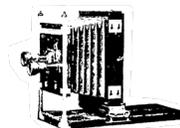
Pedí la nieve que quería y nos sentamos. Cuando preguntó por qué yo no comía, respondí que una máquina no se recarga con los alimentos de los humanos. Después compartí el mensaje que el Roberto Contreras del futuro había dejado para él: “No dejes que nadie te menosprecie, Juan Contreras. Debes pelear por el futuro y proteger a tu madre. Tu supervivencia es muy importante para la Resistencia”. Juanito tomó con risas el mensaje y continuó con su nieve. Después de un rato lo llevé a salvo a casa, le dije que lo recogería todas las tardes después de la escuela y que haría todo lo que quisiera. Me despedí levantando el pulgar hacia él, e hizo lo mismo. Apenas avancé unos centímetros y papá salió de la casa.

—¿Qué estás haciendo, pendejo? —gritó. Después de eso, pateé el tripié de la moto y bajé con pasos pesados. Cargué toda mi fuerza en mi mano derecha y lo empujé a la altura del abdomen, lo que hizo que cayera al suelo.

—Fui enviado para asegurar la supervivencia de Juan Contreras —sentenció y luego regresé hacia la moto—. ¡Volveré!

Las semanas siguientes fueron como una fantasía, puesto que yo me había programado para ya no ser humano y Juanito tenía su propio exterminador. Junté bastante entre el videocentro y el servicio de entregas, además de compartir gastos con mi amigo de toda la vida. Me hice de un walkman y los casetes dobles de *Use your Illusion* de los Guns N’ Roses, donde venía la pieza que me había gustado en *Terminator 2*. También me hice de una navaja de mariposa plateada con la cual terminaría mi misión.

Esperé que fuera un sábado por la tarde, cuando mamá llevaba a Juanito



con las tías y los primos. Esa tarde dejé la moto en casa de Metro y me subí al Tarahumara, pues esa ruta me llevaba a casa de mis padres. El auto de papá estaba al frente del portón, me detuve frente a la puerta y pensé cada momento de la última parte del plan. Me coloqué los audífonos y puse play en el walkman. Comenzó *You Could Be Mine* y sentí el poder que experimentaron John Connor y su amigo en la escena de la motocicleta. Era el momento indicado para comprobar que era una máquina y acabar con esa miserable vida de una vez por todas.

Presioné la navaja en la parte de mi antebrazo izquierdo donde se veían las venas, o lo que podrían ser los conectores metálicos que conducen a los dedos. Al contacto, moví uno por uno, y, efectivamente, los rotores comenzaron a reaccionar ante cada estímulo. Yo era un organismo cibernético, era un Modelo T-101 de los sistemas Cyberdyne.

Con el movimiento transversal de la navaja alrededor de mi antebrazo marqué la línea con la cual podría desprender la amalgama de piel. Después de levantar mi pulgar como símbolo de que todo estaría bien, tomé la orilla del corte con mi mano derecha y la retiré con fuerza.

\*Error del sistema...

